

diálogo

fernando benítez: los indios de méxico o el fin de una cultura

Por Margarita García Flores

Desde hace cinco años Fernando Benítez está empeñado en rescatar lo que resta de diversas culturas indígenas. Hombre de grandes pasiones, abandonó la literatura —la novela— por la etnología. Mezcla de gran señor y erudito, Benítez es respetado no sólo por su obra, sino también por su honradez intelectual: toda su vida la ha pasado denunciando injusticias y combatiéndolas.

El segundo tomo de *Los indios de México* (Ed. Era) contiene todo lo referente a los huicholes. Fernando Benítez tiene terminado el tercer tomo, sobre los mazatecos y, probablemente, después realice otra obra sobre los coras. A la fecha escribe un libro sobre el movimiento estudiantil.

La entrevista se efectúa en el departamento del escritor: en los estantes de la sala hay algunos de los libros de Benítez traducidos a distintos idiomas. Entre ellos, muchas figuras prehispánicas (“Las empecé a comprar cuando me casé, hace año y medio”). En su cuarto de trabajo tiene cuatro iconos, “Georgina y yo nos llevamos los iconos a San Andrés Tuxtla, por eso no están colgados”, un cuadro con la cabeza de Justina (la de Sade) pintado por José Luis Cuevas y uno de Vicente Rojo que me muestra con orgullo.

Benítez se molesta porque llevo una grabadora para hacerle la entrevista, pero va por la de él, que miro con envidia; es una Uher, y escuchamos una grabación en mazateco: un cuento acerca de la cosmología de ese pueblo.

¿Hace sus investigaciones empleando una grabadora?

—Sí, a veces la utilizo. A un primitivo no le importa la grabadora y mucha gente civilizada le da gran importancia. Los primitivos no se inhiben con la grabadora, hablan en cualquier condición y ya ve, yo no puedo hacerlo.

¿Usted graba en el idioma de los indígenas; cómo recoge el material para sus libros?

—Como todavía se hablan cincuenta idiomas en México, no es posible conocer ni cinco ni seis, al menos que se fuera un monstruo como el padre Garibay. Lo que hago es obtener un informante indio y luego un traductor. Este es un gran problema técnico, porque los grandes chamanes, los grandes sacerdotes, hablan sólo su idioma y los maestros indios hablan el español de los mestizos, más pobre. Hay un verdadero abismo entre la fuerza y la originalidad del cantante indio, del chamán, y la pobreza de una traducción. Esto quiere decir que habría que modificar completamente la enseñanza de la etnología.

¿En qué sentido?

—Usted sabe muy bien que el Instituto Lingüístico de Verano de los Estados Unidos desde hace mucho tiempo estudia cincuenta idiomas indígenas. Ellos son los únicos que en la actualidad realizan tal tarea. Ellos lo hacen con un intento evangelizador; quieren que la palabra de Dios sea conocida en todos los rincones de la tierra. Proceden con la misma idea que los frailes del siglo xvi. Habría que recurrir al Instituto para estudiar idiomas, pues nosotros no tenemos capacidad para hacerlo: el departamento de Antropología de la Universidad cuenta con recursos pobrísimo para intentar un trabajo siquiera comparable con el del Instituto de Verano. Pienso que la arqueología puede esperarse, pero la etnología no, porque está sufriendo un deterioro constante, una erosión que ahora se está multiplicando.

Hay un libro de Jacques Soustelle que se publicó el año

pasado, pero fue escrito hace treinta años, cuando Soustelle hacía trabajos etnográficos y se quejaba ya del deterioro que están sufriendo las culturas indígenas.

Pero, ¿no cree usted que es un deterioro inevitable, causado por los contactos con otras culturas?

—Sí, evidentemente esto ha comenzado desde el siglo xvi pero lo que quería hacer notar Jacques Soustelle es que, en realidad, se están perdiendo datos tal vez esenciales, no sólo para el conocimiento de Mesoamérica, sino para el conocimiento del hombre universal.

¿Usted piensa que sea posible aculturar a los grupos indígenas sin menoscabo de sus tradiciones, de sus culturas?

—Soy absolutamente fatalista a este respecto. Creo que aculturación supone un cambio total y un olvido de lo suyo. Así es que esas culturas están condenadas a desaparecer. Por ejemplo, el año pasado, en una tierra aparentemente virgen a la orilla del Lerma, después de dos días de caballo vino con sorpresa que de todas las cabañas salía un largo carrizno la antena de su radio de transistores. De modo que lo más lejano, lo más remoto, lo más olvidado hoy se ha convertido en algo realmente infernal porque ellos pierden su cultura sus mecanismos espirituales y son sustituidos no precisamente por el industrialismo, sino por los desechos del industrialismo. Pienso que la radio es un colaborador constante del analfabetismo. ¿Por qué? En primer lugar prolonga una tradición hablada y, en segundo lugar, porque les da lo peor: las canciones mexicanas más vulgares, los anuncios de automóviles, refrigeradores, cervezas. Una de las impresiones más dolorosas es escuchar estupideces sonando en una cabaña del neolítico donde están nada más los metates, las jícaras, los bules para llevar el agua; una decoración de hace tres mil años.

¿Usted sugiere que el Instituto Indigenista haga programas culturales especiales o que se cambie el sentido de la radio de difusión en México?

—El Instituto no puede modificar este tipo de deterioro cultural. Nosotros hemos cedido los canales de difusión de información a los comerciantes, a la peor gente del país: los fabricantes de cerveza o cocacola.

Para lograr una penetración del alma indígena como la que ha conseguido usted, ¿se forjó momentáneamente un alma indígena, como decía Gamio?

—Lo que dijo Gamio es una tontería. No puedo formar un alma antigua porque carezco de todos los postulados en que descansa esa vivencia, esa realidad existencial. La mía es completamente distinta. Yo dejo que hablen de ellos.

¿Cómo logró escaparse del folklorismo?

—No tengo nada que ver con el folklorismo, ni quiero hacer literatura sobre los indios. Hago relatos no objetivos, pero tratándose de la gente más miserable de México, de los campesinos más pobres del país, no puede haber indiferencia de nuestra parte. Tenemos que hacer, en última instancia, una etnología o una antropología comprometida.

¿Cómo podría evitarse el colonialismo interno?

—Haciendo la revolución. Todo lo que hacemos son paliativos. Debe usted de tomar en cuenta que los indios viven en las peores tierras de un país de malas tierras. Allí comienza la tragedia de ellos. Viven en los desiertos o en las montañas en lugares que son los más malos de México. Esto es ya sumamente grave. Todas las buenas tierras son de los blancos.

das las tierras regadas las disfrutaban los blancos y ocasionalmente, como una excepción, un indio puede tener una tierra de riego. Además, esas malas tierras no son de ellos. Los indios carecen de títulos de propiedad sobre unas tierras en que han vivido por más de cinco o diez mil años. Pero lo trágico es que con o sin papeles están siendo invadidos. En el momento en que le estoy hablando, usted puede imaginar que en la Tarahumara, o entre los huicholes, los mazatecos o los mixtecos hay mestizos que están apoderándose de las tierras, tengan o no títulos de propiedad.

¿De qué manera se puede detener esto, con una acción más directa del gobierno?

—Se necesita una transformación radical del país. Porque el rico es el único que triunfa en el campo, porque es el único que puede pagarle al juececito, al presidente municipal, al policía. El rico es el dueño del burdel y de la cantina; es el politiquito, generalmente. Él es el único que tiene fuerza, que cuenta y que puede aprovecharse. El indio siempre resulta el despojado. Las condiciones de envilecimiento en que se encuentra el campo son verdaderamente monstruosas. Se necesita todas una depuración, una nueva fuerza revolucionaria que cambie todas estas formas anquilosadas. Hoy en la mañana he leído que 60 mil campesinos mayas han pedido la destitución del jefe del banco agrario. ¿Usted sabe que cada uno de ellos gana un promedio de veinte o veintisiete pesos a la semana?

¿No han cambiado las condiciones que usted trata en su libro sobre el henequén?

—¡Se han empeorado desde entonces! Ese libro tiene diez años. Otro ejemplo de lo que sucede en Yucatán es el siguiente: el General Cárdenas dispuso, al hacer la reforma agraria en Yucatán, en 1936 o 37, que se estableciera una escuela para que estudiaran los hijos de los campesinos mayas. Han pasado más de 30 años, no ha funcionado la escuela y no hay un solo indio maya que sea contable, que pueda administrar una empresa, que sea un técnico industrial. Usted sabe que los mayas son los que inventaron el cero, cuando los romanos no lo conocían. La impresión es horrible cuando uno va a Yucatán: 500 mil personas viven en condiciones subhumanas. Son dioses, especies de dioses, explotados en la forma más ruin y más cruel por un grupo de millonarios. Cordomex, sucesora de Henequeneros de Yucatán, o el Banco de Crédito Agrario, los que pagan esos salarios, son los que se llevan las ganancias, como antes se las llevaba la casta divina. ¿Qué perspectivas económicas puede haber para Yucatán? Ninguna absolutamente.

¿Se ha pensado en cambiar el cultivo de henequén por otras cosas?

—El problema de los indios está inserto en el problema rural nacional. No podemos hacer excepciones a favor de ellos. Mientras no se resuelva el problema agrario, no se resolverá el de los indios. Ellos son, como le decía, los campesinos más miserables de la República. Los campesinos representan el 60% de la población del país.

¿Cuál es la concepción de la divinidad en las distintas tribus indígenas que usted ha estudiado?

—Es una idea de Dios distinta de la nuestra, pero no es peculiar de Mesoamérica. Pertenece a muchos pueblos del mundo, como lo digo en el segundo tomo de *Los indios de*

México. Sí, este libro es una obra de rescate porque con Instituto Indigenista o sin él se está cumpliendo en gran escala el proceso de aculturación. Hay que rescatar lo que queda de las culturas indígenas, antes de que termine ese proceso. Jacques Soustelle menciona en su libro *Les quatre soleils* dos episodios muy dramáticos. Dice que en Pastora, San Luis Potosí, todos los viejos del pueblo con trabajos lograron reunir cincuenta palabras de su idioma. A Michoacán llegó demasiado tarde, porque hacía un mes acababa de morir la vieja, la única que hablaba pirinda. Nosotros estamos estudiando lenguas orientales, que son muy importantes, y estamos dejando perderse el tesoro increíble de lo nuestro.

¿Considera que sus libros son una mezcla de etnología, reportaje y literatura?

—De todo. Creo que en México es verdaderamente imposible hacer una antropología como la que practican los países civilizados. Nosotros debemos hacer una antropología comprometida. No me puedo sentar tranquilamente a oír el relato de un indio, que es mi compatriota, sabiendo que tiene hambre, o que está temblando de terror porque el sábado venderá sus productos en el mercado y le serán mal pagados; lo van a vejar, lo van a ofender y a embriagar.

¿Sus libros han contribuido a crear conciencia de tales problemas?

—No sé, no puedo decirlo, pero el hecho de que se hayan vendido en una forma inusitada, me hace pensar que cada día hay una conciencia más clara sobre los grandes problemas del país, sobre todo el problema de los indios que hemos llevado como un remordimiento, una herida que nos duele desde el siglo XVI.

¿Somos un pueblo de masoquistas, o qué?

—Somos un pueblo que ha perdido todas las ideas humanísticas de la revolución. Impera la oligarquía, una burguesía rica que ha creado un México dentro de otro pobrísimo y miserable. Cuando uno va del centro de la ciudad de México al campo, la primera impresión, la primera sorpresa es que se trata de otro país. Hemos creado dos países trágicamente distintos.

¿Quién se empeña en que continúe esa división?

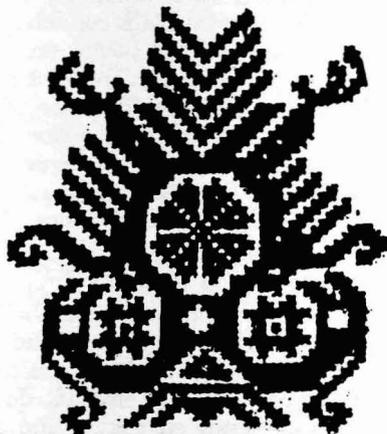
—Un conjunto de situaciones, toda una organización política, social y económica, es obvio, que mantiene la colonia. Protestamos por la forma en que nos tratan los países ricos, pero mantenemos la colonia dentro del nuestro.

(En ese momento llegan a visitar a Georgina y Fernando Benítez dos etnólogos del Instituto Nacional Indigenista: Carlos Unchástegui y Salomón Nahmad, quienes han colaborado con Benítez proporcionándole datos para sus obras.)

Gracias a Salomón Nahmad —dice Benítez—, conseguí el último informante que utilicé en mi libro sobre los huicholes. A Unchástegui le debo mi interés por los mazatecos de abajo —él es un gran conocedor de los mazatecos. Casi todo un capítulo de mi próximo libro lo escribí utilizando las notas de campo que Unchástegui me proporcionó durante mi primer viaje a la sierra. Ya deja esto para poder platicar...

Todavía hay muchas cosas que quiero preguntarle. ¿Cómo es el arte de los huicholes?

—Lévi-Strauss tiene en su antropología un tratado sobre arte. Él estudia un tipo de arte que comenzó a explorar Boas y para mí el trabajo de Boas no ha sido sobrepasado. Se trata de este arte que los americanos llaman *split-representation*. Un arte dividido; por ejemplo: hacen el perfil de un pájaro y lo enfrentan a otro perfil. Todo esto lleva a Lévi-Strauss a una serie de consideraciones que terminan con una cultura de máscaras. Todavía está por aplicarse todo el régimen estructuralista a la mitología que conocemos. Pero debemos insistir en las condiciones miserables en que vive la etnología en México. El departamento de etnología del Instituto de Antropología tiene 150 mil pesos para investigaciones históricas, lingüísticas y etnológicas. ¿Cuánto gastó el señor Ford, que ha venido explorando a los huicholes desde hace cuatro años? Sólo el viaje a Viricota —lugar donde los huicholes recogen el peyote— costó 125 mil pesos. A nosotros ese viaje nos costó 15 mil pesos. Lo único que pudimos llevar con mucho esfuerzo fue a un fotógrafo italiano al que pagamos 5 mil pesos.



¿Además de usted, quiénes han investigado la cultura huichol?

—Las investigaciones las inició el siglo pasado Carl Lumholtz que estaba al servicio del Museo de Historia Natural de Nueva York. Lumholtz pasó dos o tres años en la Sierra Madre Occidental estudiando a los tarahumaras, a los huicholes y un poco a los tarascos. Es un libro que todavía se edita y se llama *El México desconocido* porque realmente era un México totalmente desconocido para los mexicanos. Un México aislado en las montañas occidentales, que son las más cortadas, más inaccesibles.

Contemporáneamente a Lumholtz vino un antropólogo alemán que se llama Preuss y que sigue siendo un clásico de la antropología. Los maravillosos libros que escribió sobre coras y huicholes no nos son conocidos porque todavía no se han traducido al español.

Después vino un señor Rouhier, francés, que no hizo un trabajo importante. 40 años después de Lumholtz vino Zingg como parte de una exploración patrocinada por dos o tres universidades norteamericanas. Él trabajó exclusivamente en la zona huichol. Los huicholes, que son 12 mil, viven en pequeños grupos aislados. Su aislamiento físico lo acrecienta su aislamiento social. Son grupos que casi siempre están reñidos entre sí. Naturalmente no siempre coinciden los relatos. Aunque hay un fondo común cultural perteneciente a toda la sierra, las distintas ceremonias y los mitos sufren modificaciones de mucha importancia. Además, él no conocía, como Lumholtz, el huichol. Trabajó en un solo lugar y no conocía bien el español y tenía ideas preconcebidas, lo que no es conveniente en antropología, porque la realidad modifica cualquier idea previa.

Ahora está Ford; ha trabajado cuatro años y seguramente se ha gastado más de 600 mil pesos en el conjunto de sus exploraciones. Ha dispuesto de cámaras fotográficas, ayudantes. Se ha dado el lujo de vivir en Guadalupe, con una oficina montada. Yo he trabajado precariamente durante cuatro años en la zona huichol y he trabajado con mucha pobreza porque la investigación antropológica es muy complicada. No se trata solamente de ser etnólogo, es necesario ser psicólogo, llevar especialistas en sociología y lingüística. Una de las debilidades de mi libro es todo su aspecto lingüístico ¿Por qué? Porque estudiar una cultura tan bien conservada y tan compleja como la huichol es en realidad el trabajo de una vida. Incluso la interpretación de los materiales recogidos por mí, estoy seguro que me llevarían cuatro o cinco años estudiarlos y compararlos. En mi libro apunto la posibilidad de que, sobre todo los ritos y los mitos referentes a la agricultura, que son los mejor conservados, forman una parte inseparable del gran complejo, de la gran unidad cultural que fue Mesoamérica.

¿Eso significa que hay muchos puntos tangentes entre la cultura huichol y las de otros grupos indígenas?

—No. El año que entra se reunirá aquí un congreso de americanistas para tratar el tema de si hubo una o varias culturas mesoamericanas. Creo con Caso, y lo demuestro fragmentariamente en mi libro, que hubo una sola. Claro, con una serie de diferencias y matices. Por ejemplo, cuando estudiamos a los dioses, Caso se basa en el calendario ritual. Pero como los huicholes adoptaron el calendario cristiano, olvidaron el ritual. Me preocupé por ver qué quedaba de los días y de los patronos de los días y encontré que ellos conservan casi todos los símbolos y los patronos de los días aunque un poco sofisticados, porque no en vano pasan 500 años. Es una cultura sometida al deterioro de 500 años de cerco y de modificaciones extrañas.

¿No hay testimonios escritos de su literatura, de su historia?

—No. Es una tradición oral. Ya Lumholtz hacía notar que existía entre los huicholes un porcentaje muy alto de chamanes en relación con la población. El profesor Nahmad puede decirlo. Por ejemplo, en un centro ceremonial como el de San Andrés hay, digamos cuatro chamanes y cinco familias, en Cotala hay cuatro familias y dos chamanes, en Santa Catarina hay seis o siete chamanes y seis familias.

¿Esa cantidad de chamanes no pesa demasiado en la precaria economía de los huicholes?

—No, porque el chamán —el sacerdote— es una gente muy distinta a cualquier otro sacerdote. A la vez es sacerdote, curan-



dero y campesino. Ellos tienen que ganarse la vida como todos. En el chamán ocurre algo curioso. Es un hombre viejo que ha pasado por una iniciación especial. No es un hombre común y corriente: posee predisposición a ser chamán. Su vocación se revela a través de los sueños: sueña que va a ser curandero, sacerdote, que va a ser chamán. Para que él aprenda el enorme cuerpo ritual y mitológico, necesitan pasar muchos años. Así es que cuando él llega a ser chamán ya es un hombre viejo. Ha necesitado hacer muchos viajes a la tierra mágica del peyote, al mar, a las cuevas de Teacac, a la laguna de Chapala. Los huicholes son, posiblemente, los más grandes peregrinos religiosos que quedan en el mundo.

¿Cuántas zonas religiosas tienen?

—Son varias, pero la principal es Viricota o sea El Real de Catorce, localizada en San Luis Potosí, a 300 kilómetros de la tierra. Allí vive la deidad principal, que es el bisabuelo *Cole de Venado*.

Allí van las almas de los muertos, que después el chamán tiene que recoger. Allí florece el divino peyote, que es una de las bases de su vida. No hay huichol que no haga, por lo menos una vez en su vida, una peregrinación a Viricota.

¿Usted acompañó a un grupo huichol en una de estas peregrinaciones?

—Tuve la fortuna de ser el primer "blanco" (usted debe poner ese blanco entre comillas. Blanco y de ojos azules —añado—) que fue a Viricota. Lumholtz, que nunca hizo el viaje al peyote, presintió que era un viaje de gran importancia religiosa, porque sus 300 kilómetros estaban llenos de asociaciones religiosas. El problema estriba en saber en qué consistían estas asociaciones, en una ruta de 300 kilómetros.

Es un viaje de un rigor extraordinario. Se inicia en un pueblo de donde son los peregrinos, con ceremonias destinadas a alcanzar la pureza ritual. Nombran a un funcionario viejo que debe cuidar a las mujeres de los peyoteros que hacen el viaje y le entregan una cuerda de 30 nudos. Con esta cuerda, el viejo chamán que se queda a cargo de las mujeres está en una especie de comunicación mística con los peregrinos. Cada noche él desata un nudo de la cuerda y sabe dónde se encuentran los viajeros. El que va a la cabeza de la peregrinación, que es el representante del pueblo, que se llama *maracame tatevarí*, es el encargado también de llevar el tabaco silvestre, que los va guiando a Viricota, situada en el oriente, y el que aparta los diablos del camino. La jornada diaria comienza a las cinco de la mañana. Es el representante del fuego, también llamado el hombre de las flechas, el que va marcando los pasos que deben seguir los peregrinos y solamente se detienen, sin comer, a las cinco o seis de la tarde. Caminan once o doce horas sin interrupción. A los cinco días llegan a un lugar particularmente sagrado, en Zacatecas que es el Cerro de La Estrella, donde tiene lugar una ceremonia muy conmovedora: la confesión general de todos los peregrinos.

¿Cuáles son los pecados más frecuentes?

—Como se trata de una tribu de una sensualidad extraordinaria, ese tipo de sensualidad que ha estudiado una antropóloga extraordinaria, Margaret Mead, sus únicos pecados son los de la carne. Los pecados de la envidia, de la codicia, de la gula —sobre todo éstos en gentes que siempre tienen

hambre— les son totalmente desconocidos. El objeto de todas estas pruebas terribles es irse alejando de lo profano para ir entrando, sin pedirlo, en lo sagrado; para irse sacralizando. Unos días después tocan otro lugar sagrado, *Tatei Matinieri*, donde están reunidas todas las diosas del agua. Allí comienza otro lugar que hasta Viricota se llama *Ririkítá*, que ellos conciben como un templo al mismo tiempo que es una ascensión mística que es el fin ulterior del chamanismo. Toda experiencia chamánica es una ascensión mística, en el sentido de comunión con los dioses, en el sentido de una ruptura de lo cotidiano y de una apertura hacia lo alto, de una comunicación con los dioses. Por ejemplo los chamanes de Siberia, utilizan un palo para subir por él, transformando esto en una experiencia física. Y la más grandiosa experiencia chamánica que hay en el mundo es este enorme templo que comprende más de 100 kilómetros y que lleva de *Tatei Matinieri* a Cerro Quemado donde hizo su aparición por primera vez el sol, donde nació el sol. En mi libro publico una fotografía donde aparezco en la cumbre del Cerro Quemado, junto al agujero que abrió el sol al nacer.

¿Qué significó para usted esa experiencia?

—La comprobación de las últimas teorías etnológicas. Podríamos decir que el fin último de la religión es reactualizar los comienzos: aquel tiempo en que los dioses realizaron sus hazañas creadoras. Los católicos también reactualizan la pasión y la muerte de Cristo en un tiempo determinado, pero hay una diferencia: Cristo no es un Dios que haya pertenecido a los comienzos. Sabemos qué rey gobernaba en Judea, en la época de Cristo. En cambio, los huicholes se lanzan al encuentro, reactualizan las hazañas de los dioses celebradas en los comienzos del mundo. O sea lo que dio origen al universo y al orden de la vida. Por eso han dicho que los primitivos son los hambrientos ontológicos. ¿Por qué? Porque el ser por excelencia es el ser recién creado, el que nace por el sacrificio de Dios. Los etnólogos le llaman a esto una *deidad dema*: que vivió en el tiempo originario. Realizó sus hazañas en ese tiempo y se dio muerte a sí misma para que de su sangre, de su sacrificio, naciera el orden del ser y de la vida. Si quisiéramos sintetizar ese complejo religioso común a toda Mesoamérica, diríamos que en realidad lo que practican es el mito del eterno retorno.

¿Los chamanes son una casta?

—Sí, el mundo indio ha sido siempre de la *senectus*, dominado por los viejos. Posiblemente al final, cuando empezaron a tener un predominio los guerreros jóvenes, principiaron a compartir el poder con los viejos sacerdotes. La conquista aniquiló a toda la clase guerrera y se estableció para siempre el gobierno de los viejos. Esta parálisis social contribuye a aumentar la religión que profesan que, como he dicho, es la vuelta a los comienzos.

¿Los jóvenes no se han rebelado nunca contra ese estado de cosas?

—No. Son muy poca cosa frente a los viejos y su rebelión consiste en aprender lo que los viejos saben para desplazarlos.

¿El gobierno debe dar mayor impulso a la etnología en México? ¿Qué debe ser la etnología nacional?

—Una marcha contra el reloj —como dijo Soustelle— porque se están erosionando y destruyendo las culturas indígenas. Se están perdiendo datos fundamentales para el conocimiento del hombre no sólo en Mesoamérica, sino también en el mundo entero. Ahora, los únicos que hacen trabajos lingüísticos son los investigadores del Instituto de Verano. Es ridículo lo que está pasando aquí. En este momento hay una verdadera revolución. Si yo le digo a usted que el año pasado sólo en Alemania se publicaron cuatro libros sobre mitología, tal vez se dé una idea del interés enorme que tiene la etnología en este momento. Hay una resurrección de la etnología, otra vez desencadenada por los franceses. Nadie en México sueña con aplicar el estructuralismo a la mitología. No hay siquiera un mapa mitológico de México.

¿A qué se debe esa pobreza, a la dispersión de los recursos?

—A que no hay ningún interés por la etnología. El más grande etnólogo de México, Ricardo Pozas, está trabajando sobre problemas sociales del México moderno y los jóvenes no

tienen absolutamente ninguna oportunidad de investigar, más que como recolectores de datos, empleados de los norteamericanos. Mi libro es el rescate urgente de una cultura. Pero las implicaciones de esta obra, lo que nos enseña acerca de la religión huichol, es enorme. Los norteamericanos son los descubridores y los enterradores de nuestras culturas. Si yo no hubiera intervenido, con todas mis limitaciones técnicas y económicas, los norteamericanos hubieran cerrado el capítulo de la cultura huichol. En México hay 30 etnólogos jóvenes que ni siquiera disponen de dinero para los pasajes.

¿Es un problema derivado de la escasez de recursos del país o de la falta de interés por la etnología?

—Creo que se debe a la falta de interés. Porque al mismo tiempo que hay esta escasez de fondos para la investigación etnológica, hay una riqueza enorme para la arqueología, porque ésta atrae al turista, produce dividendos. Y la etnología no atrae a nadie. Se pueden gastar 15 millones de pesos en Teotihuacán o en Cholula, pero no hay un millón de pesos para trabajos etnológicos, para rescatar las antiguas culturas que están llenas de sorpresas.

¿Sus palabras son una sugerencia al Gobierno Federal para que destine más fondos a la investigación etnológica?

—Son una exigencia. Como digo en mi libro: "Un día el Occidente tendrá que conocer y entender las situaciones existenciales y los universos culturales de los pueblos no occidentales. El Occidente (y éste es el caso del México moderno), llegará a valorarlos como integrantes de la historia, del espíritu humano, y ya no los mirará como episodios inmaduros o como aberraciones de la historia ejemplar del hombre —una historia concebida desde luego como la historia del hombre occidental". Algún día nosotros tendremos que enfrentarnos también a toda nuestra cultura antigua.

¿Por qué no lo hacemos, por temor?

—Por falta de recursos. No estoy enterado de la historia de la etnología mexicana, pero creo que se hacían más investigaciones en la época de Gamio. En un tiempo hubo una serie

Editorial Joaquín Mortiz serie del volador



Juan García Ponce
DESCONSIDERACIONES

128 págs. \$ 12.00

Ricardo Garibay
BELLÍSIMA BAHÍA

128 págs. \$ 12.00

Efraín Huerta
POESÍA, 1935-1968

236 págs. \$ 20.00

EN TODAS LAS LIBRERIAS O EN
AVANDARO, S. A., AYUNTAMIENTO 162-B
TEL.: 13-17-14

de etnólogos que podían trabajar en el campo. Pero en la actualidad no hay nadie que se dedique a la etnología propiamente dicha.

¿En caso de que se dispusiera de fondos suficientes, estos deberían centralizarse en un solo instituto.

—No sé (no soy administrador. Pero, por ejemplo, El Colegio de México tiene una sección destinada a estudios orientales. Nosotros estudiamos lo chino, lo japonés o lo hindú en el más alto nivel académico. Es completamente ridículo estudiar lo hindú cuando no sabemos nada de los chochos o de los tojolabales. El problema es tan grande que en un último libro de etnología escrito por un francés, el mapa etnológico de México aparece en blanco y dice que los indios están cristianizados y occidentalizados por los españoles y que no hay más que restos degenerados de las antiguas esculturas. Este especialista francés sabe tanto de etnología mexicana como yo mismo o como todos los etnólogos mexicanos.

Salomón Nahmad agrega que también hay una gran escasez de obras de etnología en español. Los etnólogos deben conocer varias lenguas para poder estudiar.

Sí —continúa Benítez— nos exponemos a descubrir mediterráneos, porque la universidad de Yale ha hecho un catálogo, un fichero, que resume todos los datos fundamentales de la etnología mundial. Este fichero cuesta noventa mil pesos y no ha sido adquirido por el departamento de antropología. ¿Cómo podemos enjuiciar una cultura si desconocemos lo que se está haciendo y lo que se ha trabajado en el mundo? Hay un mito huichol, muy importante, que se refiere a una época en que abundaban los huicholes y los dioses inventaron un anti-conceptivo que resultó muy eficaz. Los dioses pusieron en la vagina de las mujeres dientes de lobo o de tigre. Ese mito también lo encontramos entre los esquimales. Sin embargo, ¿Cómo saberlo?, ¿cuántos libros es necesario leer para dar con ese dato? Por ello, los etnólogos mexicanos se exponen siempre a estar descubriendo mediterráneos.

Es necesaria la investigación etnológica en México porque, por ejemplo, en Europa se sabe más del neolítico europeo por las costumbres agrícolas del norte y de la Europa Central que por los trabajos arqueológicos. Los campesinos de Finlandia y los de Prusia conservan todavía una serie de costumbres rituales que han permitido reconstruir en parte las ideas religiosas del neolítico. Imagínese usted en un pueblo fundamentalmente de campesinos, muchos de ellos aislados, las sorpresas maravillosas que nos encontraremos. He encontrado entre los mazatecos y los huicholes fragmentos de mitos que están en el Popol Vuh. Hay un gran complejo cultural destruido, oscurecido, erosionado. Su conocimiento nos permitiría integrar un gran mapa de la mitología mesoamericana. ¿Cómo se puede conocer una cultura si desconocemos su mitología?. El mito del nacimiento del sol y de la luna mazateco es un mito clásico, en toda Mesoamérica, es el mito también del Popol Vuh: en los dos niños que luchan contra los brujos y después se transforman en el sol y la luna. Es un mito mazateco, huichol, y que está consignado en el Popol Vuh. Pero como no sabemos nada, he tratado de ir reconstruyendo poco a poco eso. Seguramente dentro de diez años estaré en posibilidades de armar ese gran mosaico disperso de lo que queda. Por lo pronto, me parece que el trabajo fundamental del etnólogo, más que de interpretación, debe ser de rescate. Éste es con todos sus errores y sus lagunas mi trabajo sobre los huicholes: un trabajo urgente; de rescate. Hay episodios, hay ritos que describe Lumholtz que se han perdido. Debemos trabajar con el propósito de sacar lo que tiene valor en una casa en llamas

Mediante una llamada telefónica comunican a Fernando Benítez que la Universidad de Michoacán le concederá el grado de Doctor Honoris Causa.

La conversación con el autor de *Los indios de México* —más de 1,200 páginas los dos tomos editados por Era—, se interrumpe. No termina. Apasionado por su trabajo; escritor de oficio; etnólogo por la voluntad de entender las costumbres, los mitos, la vida de otros mexicanos, Benítez prosigue su tarea, con lucidez, teatón y una claridad que permite entender la riqueza cultural que, por indolencia, podría perder nuestro país para siempre.

LIBROS RECIENTES DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO



MATEMATICAS FINANCIERAS

Por Benjamín de la Cueva G.
\$ 36.00

FUNDAMENTOS DE LOGICA SIMBOLICA

Por Alice Abrose y Morris Lazerowitz
\$ 108.00

TRES DISCURSOS ANTE CESAR

Por Marco Tulio Cicerón
\$ 60.00

LAS ZONAS SUBURBANAS DE LA CIUDAD DE MEXICO

Por Claude Bataillon
\$ 45.00

DE PORFIRIO DIAZ A ZAPATA

Por Fernando Horcasitas
\$ 25.00

DOS MICROCEFALOS "AZTECAS"

Por Juan Comas
\$ 35.00

De venta en las mejores librerías

Pedidos a:

Departamento de Distribución de Libros
Universitarios, C. U.
México 20, D. F.
Tel. 48-96-67